

Rosa Regàs

Música de cámara



Acompañada por su tía Inés, una viola y una maleta llena de recuerdos, Arcadia vuelve a Barcelona en 1949. Hija de republicanos exiliados en Francia, se refugia en su pasión por la música para sobrevivir en el ambiente opresivo de la posguerra. Un día conoce a Javier, un prometedor estudiante de Derecho que pronto se convertirá en el centro de su vida. Con todo pueden y a todos se enfrentan para llevar adelante su relación, hasta que la personalidad libre y rebelde de Arcadia se convierte en un estigma social que sella sus destinos.

Música de cámara es la historia del amor de dos jóvenes que pertenecen a mundos no sólo distintos, sino contrarios. Y es, también, la historia del reencuentro entre los dos amantes, en el otoño de 1984, durante una larga noche en la que se adentran en una turbadora y lúcida reflexión sobre los años transcurridos.

*A Carlos Barral,
siempre en la memoria.*

Nada retorna... aun cuando cada aliento del ser humano clama por la resurrección. Nada que haya sido puede volver a ser y, no obstante, el mayor anhelo del ser humano es el de volver de nuevo. De nuevo, de nuevo, ésas son las palabras que nos hacen débiles. Hasta que no hayamos conseguido superarlas, seguiremos siendo un juguete del destino...

JAKOB WASSERMANN, *Golowin*

Primera parte

1949-1960

ESTOS DÍAS AZULES

Estos días azules y este sol de la infancia.

ANTONIO MACHADO

Aquí termina tu exilio, habría dicho mi padre si aquel día lluvioso de abril me hubiera acompañado a la estación. Habría subido conmigo al tren y después de dejar mi maleta en la redecilla del compartimiento y de comprobar que mi billete correspondía al asiento vacío junto a la ventana en la dirección de la marcha me habría levantado el cuello del abrigo para que no cogiera frío, habría descendido del vagón dejándome en la plataforma y se habría situado en el andén adquiriendo un aire mayestático, con el sombrero puesto y los guantes cubriéndole las manos enlazadas en la cintura. Sólo entonces habría pronunciado esas palabras sobre el exilio preparadas y pensadas durante muchos días y muchas noches como si ese breve golpe de trascendencia al que tan aficionado era aunque no recurriera a él más que en las grandes ocasiones pudiera condensar el ansia inalcanzable de su dolorido corazón. Y aprovechando los minutos previos a la leve sacudida que anuncia la partida del convoy habría fijado sus ojos en los míos convencido de que con esa tenue corriente de comunicación yo sería capaz de revivir aquel momento todos los días de mi vida.

Pero mi padre no había ido a la estación de Toulouse a despedirme ni yo de haber podido mantener su mirada cargada de emoción habría comprendido lo que suponía para

él acabar con el exilio. A mis doce años el exilio como la vejez era una curiosa situación en la que se encontraban las personas mayores, muy mayores, como mis padres, que habían vivido sumergidos en él, siempre hablaban de él y suspiraban por que un día la frase que mi padre me habría dicho en la estación de haberme acompañado se la hubieran podido dedicar el uno al otro. Para mí en cambio era poco más que el telón de fondo de nuestra vida familiar.

Lo mismo ocurría con la muerte, había pensado yo siempre. Es algo que les pasa a los demás, a los más viejos y bien que lo había demostrado la repentina ausencia de mis padres, la aparición precipitada de tía Inés al día siguiente y el largo parlamento que el *directeur* del *lycée* me había dedicado, paseando arriba y abajo de su pomposo despacho sobre los imprevistos que la vida ofrece y contra los que de nada vale rebelarnos para acabar diciéndome que mis padres habían muerto y que tenía que ser fuerte ante la nueva situación que —esto no me lo dijo pero así había de ser— iba a alterar el rumbo de mi vida.

No podría precisar cómo ocurrió este cambio que comenzó con su muerte y mi salida de Toulouse en un tren envuelto en espesos humos negros, es difícil recordar mi reacción ante la noticia que con tan pocos miramientos y tanta ceremonia me había comunicado el *directeur* con el deseo de acabar cuanto antes con aquella misión que se le había encomendado. Se detenía, buscaba las palabras que no parecían acudir en su ayuda, me miraba con los ojos medio entornados como si no tratara de verme a mí sino a mi sombra porque era evidente que no sabía cómo enfrentarse a la situación. Y volvía a ponerse en marcha ante el gesto inquieto y lloroso de la profesora que me había acompañado a esa sala en la que yo nunca había entrado, y de Luis y Teresa Ruiz, nuestros vecinos, compungidos también y perdidos sin saber qué decir ni qué hacer. Yo mantenía la mirada en un punto indefinido que debía de estar frente a mí porque no recuerdo haber bajado la cabeza en

ningún momento ni haberla vuelto hacia ellos cuyos movimientos seguía por el rabillo del ojo como si con esa postura de indiferencia evitara tomar conciencia de lo que me estaban diciendo.

Me habían sacado de clase con mucha delicadeza cogiéndome del brazo como si temieran que mi cuerpo se desmoronara y me habían llevado a la sala de visitas donde ya me esperaban los Ruiz, con los que yo iba a vivir hasta que mis padres volvieran de su viaje de tres días al que habían sido invitados por su amigo el pintor Grau Sala —también huido de Barcelona al final de la guerra pero en mejor situación económica— para asistir a su última exposición en París donde residía desde que se había exilado. Era su primer viaje desde que se habían instalado en Toulouse gracias a la ayuda de un colega francés, Yves Monat, que se había personado en el campo de concentración de Argelès —«un infierno sobre la arena», como lo había descrito Robert Capa, palabras que mi padre repetía cada vez que recordaba nuestra historia— en el que nos habían internado cuando entramos en Francia huyendo del ejército de Franco, en enero del 39; él junto a los hombres y mi madre y yo en otro campo colindante. Fue Yves Monat, catedrático de Historia del Arte y vicerrector de la Universidad de Toulouse, quien respondió por mi padre y su familia, es decir, mi madre y yo, lo que nos permitió abandonar el campo antes de morir de hambre, humedad, frío o abatidos como tantos otros por la disentería, el tifus o la sarna. Nos llevó a Toulouse y además le ofreció a mi padre un puesto de profesor invitado en la universidad. Al cabo de dos años se convirtió en ayudante de cátedra de Historia Contemporánea y pudo así conseguir el permiso de residencia y gracias a éste mi madre fue a París y en dos o tres semanas lo consiguió también para nosotras.

Recuerdo el frío que hacía en aquella sala de visitas que no debía de usarse jamás, las lágrimas que Teresa intentaba contener, las voces lejanas y vibrantes de los niños en el

parque más allá de la carretera donde íbamos a jugar después de las comidas y una mosca que revoloteaba en torno a la cabeza del *directeur* quien al no atreverse a acabar con ella de un manotazo precisamente en esas dolorosas circunstancias se limitaba a alejarla con un suave movimiento de la mano como si se diera aire, sin conseguir más que llevarla de un sitio a otro y que volviera al principio, concitando toda mi atención. Yo seguía sin darme cuenta de lo que había pasado. Comprendía las palabras del *directeur* y los sollozos de Teresa, veía lo que querían decir, entendía que había ocurrido un terrible accidente y que mis padres habían muerto esa misma mañana junto a muchas otras personas que viajaban en aquel tren, pero se me antojaban conceptos vacíos de contenido como las palabras que repetidas hasta la saciedad acaban despojadas de significado. Ni siquiera por la noche con nuestra casa llena de gente que había venido a darme el pésame ni menos aún cuando se fueron yendo todos los amigos y nos quedamos Teresa Ruiz y yo solas en ella de pronto vacía e inabarcable logré vivir el dolor que mi mente reclamaba ante la noticia y la nueva situación que poco a poco iba tomando cuerpo en mi vida y en mi alma. El desamparo se iba adueñando de mí pero no la tristeza.

El tren corría por los campos cubiertos de escarcha pero el sol que asomaba por el horizonte habría de acabar con ella mucho antes de que llegara a mi destino. Junto a mí, tía Inés, que había venido de España para recoger la casa y llevarme con ella, había conseguido mitigar sus constantes sollozos después de casi tres semanas.

«Qué va a ser de ti, Arcadia, qué va a ser de nosotras», susurraba de habitación en habitación intentando poner orden en un espacio que había estado siempre atiborrado de libros, carpetas y documentos. «Qué va a ser de ti, Arcadia, qué va a ser de nosotras», repetía mientras me cogía de la

mano, me ponía el abrigo y la bufanda y tiraba de mí hasta los grandes edificios donde teníamos papeles que presentar, preguntas que responder, permisos que conseguir. Hasta que cuando ya me había hecho a esa nueva vida de desidia y andaba por la casa sin saber qué hacer, sin poder salir por el frío intenso y la nieve que aquel año se encarnizó con la ciudad, sin tener que ir al *lycée* ni a la *École de Musique* de Toulouse porque ya me habían dado de baja, sin saber lo que sería de mí al día siguiente ni entender qué se proponía tía Inés, apareció en casa una tarde con una carpeta llena de papeles en una mano y en la otra unos billetes que aireaba como si quisiera abanicarse, orgullosa y feliz, diciendo a gritos:

—¡Ya lo tenemos todo, ya podemos irnos!

—¿Y adónde nos vamos, tía Inés?

—¿Adónde va a ser? A Barcelona.

Así que se trataba de irnos, comprendí, y me fui a mi habitación medio deshecha y destartada como el resto de la casa para recoger lo que quería llevarme adonde fuera que hubiera que ir. Así fue como rescaté del fondo de un armario la viola embutida en su funda cuya existencia había olvidado tal vez porque ni mi padre ni mi madre estaban en casa para exigirme que estudiara como hacían a diario buscando ratos libres a todas horas mientras mis compañeras del colegio esperaban en la puerta a que yo hubiera terminado para ir a merendar o al cine, y sentí una honda nostalgia de la normalidad, de la rutina de una vida que había terminado.

Y por primera vez, junto a mi viola metida en su funda, en el vacío de voces de mis padres entendí de una manera que ya no era borrosa sino clara y contundente lo que me había sucedido y que por más que no supiera qué iba a ocurrir en los próximos meses a partir de ese momento mis días iban a ser completamente distintos.

Ya no habría más paseos junto al canal ni explicaciones sobre los secretos de la construcción de Saint-Étienne ni

disquisiciones sobre la forma de las hojas de los árboles del Jardín Royal; ya no nos sentaríamos sobre la hierba en primavera mientras mi madre extendía un mantel y sobre él fiambreras con tortillas de patata que tanto les gustaban a los amigos franceses, como ella los llamaba; no habría más discursos sobre la derrota de los sediciosos que nunca tenían realmente el tono de una derrota porque todo parecía indicar que si bien nos encontrábamos en un largo y oscuro túnel al final aguardaban el resplandor y la recuperación de los valores de la República, decía siempre mi padre mirándome como si quisiera grabar con una marca indeleble en mi memoria y en mi inteligencia lo que para él y para todos los luchadores por la libertad había sido la guía y la esperanza. Ni volvería a casa lentamente mientras oscurecía para que él tuviera tiempo de leer, mi madre de hacer la cena y yo de dejar pasar el rato con mis ejercicios de viola. «¿Estás estudiando?», preguntaría ella desde la cocina. Y yo, como siempre, le respondería, si no lo hacía mi padre por mí: «¿Acaso no me oyes? ¿Crees que es el vecino el que toca?». «No te había oído, disculpa». Así había ocurrido desde el día en que había comenzado a estudiar sola en mi cuarto, hacía tanto tiempo que ya apenas recordaba esos ejercicios al atardecer, el sueño acercándose a mis párpados y el ansia creciente de que me llamaran a cenar.

Afloró de pronto en el paisaje de mi memoria la pequeña sala de conciertos de nuestro barrio, sus volutas de yeso en el techo y la cortina de terciopelo echada a la espera de que cuando se apagaran las luces se abriera y aparecieran los intérpretes afinando sus instrumentos. Melodías que anticipaba y que podría haber escrito en mi libreta de música como un ejercicio más de teoría o de dictado de tantas veces que había oído la mayoría de ellas interpretadas por mis compañeros de la *École de Musique*. Andando el tiempo también yo subiría al escenario con mi viola para interpretarlas a mi modo cuando mi propia forma de expresar-

me se acoplara a sus instrumentos, el violín, el contrabajo, el violonchelo y el piano.

El tren se detuvo de golpe y se desvanecieron visiones y sonidos. Sí, la escarcha ya se había fundido y los árboles desnudos emergían de una tierra oscura y brillante como acabada de regar.

Tía Inés dormitaba frente a mí. Era una mujer mayor a la que yo no había visto nunca y que sólo conocía de oídas. Calculé que tendría unos cincuenta años porque me había dicho que era la hermana mayor de mi padre y él debía de tener cuarenta y pocos, nunca había pensado en eso. Ahora, con el ronroneo del tren y ese calor espeso que flotaba en el vagón, recordé sus palabras tantas veces repetidas: «Yo tenía veintiséis años cuando el golpe de Estado». Y el golpe de Estado, bien lo sabía yo mejor que cualquier otra gesta o acontecimiento de la Historia de Francia que estudiábamos a diario en el *lycée*, había ocurrido en 1936, dos años antes de que yo naciera. Historias fundidas con la de mi familia con el pegamento que unía todas sus piezas ratificadas en las veladas de lecturas inacabables interrumpidas por la voz de mi padre con su eterna voluntad de que yo conociera los hechos y las fechas que habían conformado el inicio de nuestra familia, de nuestra derrota, de nuestro exilio, como si tuviera miedo a que la lejanía en el tiempo y la distancia acabaran llenando mi espíritu de otros acontecimientos e intereses que a su modo de ver no revestían la misma importancia que «el desmoronamiento y la caída de un gobierno legalmente constituido y la vergüenza más grande para las grandes potencias que habían visto perecer la República sin prestarle la menor ayuda y habían acabado reconociendo al gobierno ilegal y fascista de los sediciosos». Frases que me sabía de memoria, coletillas a las largas explicaciones sobre la rebelión y los movimientos de tropas que siguieron, y el afianzamiento represor de la

retaguardia que describía con el mismo ardor y conocimiento con que contaba las campañas de Tito contra Jerusalén, de Tácito, campañas, tanto las unas como las otras, que escenificaba en mapas imaginarios sobre la mesa del comedor marcando los avances y retrocesos de los ejércitos con naranjas o libros o lo que tuviera más a mano, entreteniéndose en detalles que no hacían sino postergar la hora de la cena sin acabar de completar jamás el panorama definitivo de esa guerra que los había arrojado a él y a mi madre, y a mí con ellos, al otro lado de la frontera.

—Y yo, ¿dónde estaba entonces? —pregunté un día cuando debía tener seis o siete años (retazos perdidos y recurrentemente recuperados que apenas podía retener en la memoria) durante una de las primeras pero definitivas clases de la Historia de mi país que me dedicó mi padre.

—Con tu madre en nuestra casa de la Barceloneta, donde vivíamos desde que nos casamos. Allí naciste tú en plena guerra, cuando yo estaba en el frente.

Veo el frente tal como lo he visto en fotografías y pongo el rostro de mi padre a un soldado con su fusil alerta agazapado en la trinchera, que ahora aparece nítido y claro como si el *flash* le estuviera dedicado. Lo veo luego montado en ese *jeep* atiborrado de entusiastas soldados que levantan el arma con aire triunfal y puedo verlo igualmente en cualquier otra fotografía de aquellas multitudes de mujeres y hombres caminando cargados con bultos y niños de la mano por una carretera camino de los campos de refugiados, «los campos de concentración», corregiría mi padre. El tren sigue su camino por un paisaje que no debe de haber cambiado tanto desde entonces y vuelvo a tener apenas un año cuando mi madre me lleva envuelta en un gran pañuelo que no me deja ver más que un breve segmento del cielo gris opaco sin nubes como el que ahora cubre la tierra del exilio. Y a lo largo del resto del viaje se van sucediendo reflejos de mi vida anterior que serán los que luego aparezcan cuando quiera evocar momentos, situaciones o perso-

nas, igual que aparecen las fotografías que hemos visto tantas veces cuando queremos recordar el pasado y que han sustituido para siempre los archivos de la memoria.

A la llegada a la última estación francesa largas colas de gente envuelta en viejos chales de lana oscura cargada con maletas de cartón aseguradas con deshilachadas cuerdas de cáñamo, niños con viejas boinas caladas hasta las orejas en brazos de sus madres, una fila hasta el infinito a la que nosotras nos sumamos dispuestas a avanzar al miserable ritmo de la voluntad de los aduaneros y de los minuciosos trámites que exige una frontera recién abierta que sirve para reconocer a los que huyeron hace más de diez años. ¿Eran así todavía las fronteras en aquel año de 1949 o no hacía yo más que trasponer a esas interminables hileras de viajeros aquella huida del terror y de la muerte que había visto en recortes de periódico con los ojos derrotados de mi padre? ¿O tal vez me negaba a ver el presente tal como se mostraba a mis ojos infantiles convencida de que cualquier otra versión sería comparable a una traición?

No lo sé. Sólo sé que apenas notaba los pies acartonados por el frío cuando muy de vez en cuando adelantábamos un paso, y que a medida que pasaba el tiempo se cernía sobre nosotras de pie y al raso un viento cada vez más gélido y demoledor, y la oscuridad de un cielo que tardaría años en ser para mí un cielo protector.

Sé que acabamos entrando en el país del que habían salido mis padres para convertirse en exilados, pero no me quedan imágenes del camino, sólo la sensación imparable de un traqueteo puntiagudo que en vano intentaba confundir con el tictac del metrónomo de *mademoiselle* Ivette, mi profesora de solfeo en la *École de Musique*, los brazos de tía Inés intentando protegerme de los deslavazados movimientos de un nuevo tren mucho más lento y de su ruido ensordecedor, viajeros echando por la ventana pesados sacos, fardos mal envueltos y toda clase de bultos que recogían hombres, mujeres y niños corriendo junto al tren pa-

ra atraparlos cuando casi en la entrada de Barcelona se reducía todavía más la velocidad y atravesábamos los destaralados barrios de Badalona, Pueblo Nuevo o San Adrián del Besós con el mar a nuestra izquierda como me iba señalando tía Inés. Y poco más porque el sueño se confundía con la vigilia y la realidad con los sueños y no tuve conciencia de que acabara aquel viaje ni de llegar a la casa donde iba a vivir hasta que me desperté por la mañana con los ojos pegados por la deslumbrante luz del sol sobre una cama que no reconocí como mía. Y es que no lo era, de un lado y de otro se alargaba acogiendo mis brazos y mis piernas cuando los estiraba para comprobar sus confines. Había ruido en la casa cerca de mí, cacharros en la cocina, un grifo abierto en alguna parte, gritos indescifrables que subían de la calle, pájaros que piaban en un lugar misterioso rasgando el cielo que veía a través de la ventana sin cortinas. Fue entonces cuando me eché a llorar en silencio al principio y poco a poco con gemidos intermitentes, breves aullidos que salían de mi garganta y de mi pecho cada vez más convulsionado por los sollozos que no quería ni tenía sentido contener como si nadie pudiera oírme, como si estuviera sola en la vida.

«Son muchos días de tensión, pobrecita mía, son demasiadas tristezas para una niña como tú. Yo cuidaré de ti, llora, mi niña, llora, te hará bien», estaba diciendo tía Inés cuando al fin me percaté de que había entrado en la habitación, se había sentado en la cama y me abrazaba y me secaba con su pañuelo la cara inundada de lágrimas. No dejé de llorar hasta que debieron de acabarse todas las que había acumulado el indescifrable dolor que se había adueñado de mi mente y de mi corazón paralizándolos desde el momento —parecía haber pasado un siglo entero— en que oí las palabras del *directeur*. Fueron cediendo los espasmos y estremecimientos, los lamentos cada vez más entrecortados, y acabé dejándome mecer por los brazos de tía Inés y por sus palabras que repetía empeñada en que